

pidió le trajesen las historias de los caballeros andantes, muy en boga en aquel tiempo. El castillo de Loyola, como todos los de aquella época, debía poseerlos sin duda. Mas en vez de los libros que demandaba pusieronle entre las manos la Vida de Jesucristo y el Flos Sanctorum, con cuya lectura se realizó en su corazón una operación súbita.

Después de numerosos combates interiores, en que el amor á los placeres y la pasión de la gloria le disputaban á las ideas de la abnegación de sí mismo y de la soledad, tomó Loyola una determinación irrevocable. Se había acostado soldado, y se levantó cristiano, pero cristiano de los de aquella época, que en el transporte de la caridad podían y debían emprender cosas gigantes; porque entonces no media el hombre por sus fuerzas la debilidad humana.

Estaba persuadido que era fácil con la fe hacer cambiar de sitio á las montañas. Por todas partes, así en la cima de los Pirineos como en el interior de Alemania, Francia é Italia, pululaban un gran número de ascetas que inmolándose al triunfo de un principio, como generosos mártires de la Religión ó de la ciencia, solo pedían á Dios el mas vasto campo posible para hacer germinar las ideas de que su mente estaba llena.

Loyola renuncia súbitamente á todo lo que hasta entonces había formado el sueño y la ilusión de su vida entera. Amaba con delirio á una señora de la corte de Castilla, y sofoca su amor. Hallábase también inclinado á la carrera de las armas con aquella propensión que hacen concebir de antemano los grandes héroes, y elimina de su corazón las ideas de gloria militar, como lo había hecho con las seducciones del deleite sensual para entregarse todo entero á la penitencia.

No era ya Ignacio aquel gentil caballero cuyos recuerdos infantiles se perdían entre las prodigalidades y placeres de la corte del rey Católico: nada se advierte en él de la conducta de aquel joven que á través de la licencia soldadesca sabía poco antes ostentar el perfume de la urbanidad mas exquisita y de la mas poética galantería. Despójase Ignacio de toda afección terrestre; y aquel galán tan satisfecho de sí mismo, tan impetuoso y tan susceptible en lo concerniente á su pundonor, vuela á la conquista de la humillación, como si esta le hubiese de proporcionar un nuevo y fecundo raudal de gloria.

No ha fijado todavía plan alguno en su mente, y verdadero Colón de la santidad, ignora qué mundo va á descubrir, con qué clase de enemigos ha de habérselas, ni á qué peligros se expone.

Había ya consumado en espíritu su sacrificio; restábase perfeccionarle en la realidad; y para verificarlo abandona secretamente el hogar paterno haciendo voto de castidad antes de llegar al monasterio de Montserrat, romería á que acudían una multitud de peregrinos, para captarse así de un modo mas privilegiado la protección de María, cuya milagrosa imagen iba á visitar.

No se había aun el cristiano despojado de su coraza. El *Amadis de Gaula*, y demás historias romancescas de que estaba imbuida su mente, le habían enseñado que los postulantes al recibir la orden de caballería, velaban una noche entera sus armas en su equipo militar. Denominábase la noche así pasada *la vela de las armas*. Loyola se ha improvisado caballero de Jesús y de María, y pasa la noche frente al altar de la Virgen rezando, llorando y consagrándose á una nueva y mas difícil milicia. Suspende su espada al siguiente día en un pilar de la capilla, cede á un pobre sus ricos vestidos, recuerdos enojosos de un lujo que desdenea, y cubierto de un grosero saco, ceñido con un toscó cordel, se dirige á pié á Manresa. La Iglesia celebraba este día (año 1522) la fiesta de la Anunciación de la Virgen.

Indigente voluntario se dirige á la puerta del hospicio, y pareciéndole una superfluidad la comida ordinaria que en él se distribuía á los miserables, este caballero poco antes tan delicado, se condena voluntariamente á un ayuno mas austero y á la mortificación de sus sentidos; ciñendo su cuerpo con una cadena de hierro que sujetaba un áspero cilicio. Violentaba su sueño acostándose en el desnudo pavimento; luchando de noche con el enemigo de la carne, mendigando y llorando de día. Verdadero discípulo del Crucificado, ansía ser el blanco de las injurias y sarcasmos del populacho: mas no bastando estos ultrajes á mitigar su sed de padecimientos, busca y halla un sitio mas mezquino que el hospital en que se hallaba.

A seiscientos pasos de Manresa descubre una gruta abierta en el interior de una roca casi inaccesible, internándose en ella á través de las malezas y zarzas á que necesitaba agarrarse para verificar su ascenso. Segregado allí del resto de los mortales, absorto en la contemplación del divino amor, y entregado á las mas

violentas mortificaciones, trabó un obstinado combate á que no pudieren menos de sucumbir las pasiones terrenas. Mucho habia ya hecho Ignacio por Dios, y este se lo recompensó con usura. Cortesano, galante, hombre de placeres y soldado, habiale faltado tiempo y voluntad para investigar la ciencia en los libros; y fuele revelada la ciencia de los hombres, acaso la mas difícil de todas. El maestro que debia un dia formar tantos otros, fue de repente formado tal por una celeste iluminacion. Allí compuso el libro de los Ejercicios espirituales, obra que influyó tanto en su vida, y que se refleja con tanto poder en la historia de sus discípulos.

En el manuscrito en que el P. Juvenci habla en su hermoso latin de tan extraños sucesos, se lee: « Esa luz divina infundida en el alma de Ignacio, le patentizó á las claras el misterio de la adorable Trinidad y los demás arcanos de la Religion; permaneciendo durante el período de ocho dias como privado de existencia. Lo que pudo ver en estos raptos del espíritu así como en tantos otros que le sobrevinieron en el transcurso de su vida, nadie puede saberlo. Ignacio habia trazado en el papel sus celestiales visiones, pero poco antes de su muerte entregó á las llamas sus apuntes, para que no cayesen en manos de los hombres. Algunas páginas arrebatadas á la accion del fuego engañaron su precaucion, y por ellas es fácil conjeturar cuánto se acrecieron los favores que cada dia recibia del cielo. Extasiábase dulcemente al contemplar la divinidad de Jesucristo y su inmensa caridad con el género humano. Avezado Ignacio á las prácticas militares, se figuraba á Jesucristo como un general que combatia por el triunfo de la gloria divina, invitando á todos los hombres á colocarse bajo su enseña, y de aquí le provino el deseo de formar un ejército de que Jesús fuese el jefe y el emperador; teniendo por divisa: *Ad majorem Dei gloriam*, y cuya mision principal fuese la salvacion de los hombres. Esta fue la imágen que se presentó á la mente de Ignacio al fundar la Compañía. »

Así se expresa el P. Juvenci.

Este libro, que segun el mismo escritor ha producido tantos Santos como lectores, no es una de aquellas obras que debemos contentarnos con medir con el compás de la critica humana. Es mas bien la conversion del pecador reducida al arte, y que se separa de

todos los caminos trillados para conducir á la perfeccion: es el fruto de una idea profunda ó de una emanacion divina: examinado bajo el punto de vista católico, debia, por su originalidad y por los preceptos sustanciales que encierra, producir grandes resultados. Se apodera, por decirlo así, del hombre en las mantillas del pecado, y subyugándole por la rapidez de las imágenes y prescripciones, le impele á salir del mundo, y le coloca trémulo y palpitante en manos de la Divinidad. Obra ascética en verdad, pero que uniendo la práctica al misticismo conserva un vigoroso colorido militar que nunca abandona su autor (\*). Así es que en la segunda semana, al hablar de la contemplacion de Jesucristo coetjándole con un rey de la tierra que convoca á sus súbditos para conducirlos á la guerra, se encuentra esa imágen, que es el resumen de la Sociedad fundada por Ignacio.

Imaginaré, dice, que me encuentro ante la presencia de un príncipe á quien Dios mismo ha investido de la potestad real, y á quien todos los príncipes y pueblos cristianos deben respeto y obediencia. Me figuraré escuchar á este rey que dirige la palabra á todos sus súbditos y les dice: « Pretendo someter á mi imperio todas las regiones de infieles; el que quiera seguirme debe disponerse á no llevar otro vestido ni probar otro alimento que los que tenga yo mismo, etc. »

En el cuarto dia de la segunda semana, continuando el parangon que ha establecido, no solamente ve Ignacio al rey que se ha figurado; el enemigo tambien aparece, y vense ondear en el aire los dos estandartes. « El primer preludio, dice Ignacio, es considerar históricamente á Jesucristo por un lado, y á Lucifer por el otro, invitando ambos á los hombres á colocarse bajo sus banderas. »

El libro de los Ejercicios espirituales, como todo lo que pertenece á la Compañía de Jesús, se vió expuesto, aun antes de estar terminado, á violentas acusaciones y á una admiracion cuyos testimonios no dejan de tener algo de maravilloso.

Tacháronle de presuncion temeraria, puesto que pretende poseer el secreto de hacer perfecto al neófito en treinta dias por medio de los ejercicios espirituales.

(\*) No es extraño que san Ignacio, ex-militar, se valga tanto de las ideas militares, cuando esto se halla con tanta frecuencia en la Escritura.

(Nota de los Editores).

Acusáronle de vanidad impostora, porque segun sus detractores parece enseñar el arte de comunicar éxtasis y revelaciones.

Las conversiones extraordinarias que el citado libro ha realizado en las almas; la oscuridad y el silencio que recomienda, procede, segun los enemigos de Ignacio, de la magia oculta, ó son un vehículo para conducir á la locura.

Su doctrina era sospechosa á los ojos de los unos, y tachada de herética por los otros; porque el secreto, dicen, que aquella recomendación es el mejor indicio y el verdadero carácter del error.

Reprodujéronse mil veces y bajo distintas formas estos cuatro capítulos de acusación; aun en tiempo de Ignacio se escucharon mil veces en las iglesias y en las cátedras. Viéronse llevar ante los tribunales eclesiásticos una multitud de folletos acusadores, pero que solo consiguieron hacer examinar el libro de los Ejercicios con mas escrupulosidad, y manifestar lo que era verdaderamente, intentando probar lo que no era.

Encierra, á no dudarlo, esta obra palabras y prescripciones capaces de alarmar al espíritu preocupado ó inatento, y que pueden fácilmente prestar armas al ridículo con que paralizar las mejores intenciones y denigrar á los hombres mas dignos de aprecio; pero dejando á un lado estas extrañezas que el espíritu del siglo y que el de su autor principalmente debia depositar en él como una huella de su paso, es preciso no olvidar que san Francisco de Sales, tan buen juez en materia mística, decia: « Los « Ejercicios espirituales han convertido mas almas, que letras « contienen: » adviértase sobre todo en el acto de la canonización de Ignacio una declaración que no debemos olvidar por ser la llave de toda la obra.

Los auditores de la Rota se expresan de este modo: « El libro « de los Ejercicios fue compuesto en ocasión que el bienaventurado Padre ignoraba las bellas letras, por lo que nos vemos obligados á confesar que sus luces é inteligencia fueron en él mas « bien sobrenaturales que adquiridas. »

El Papa Paulo III en su bula de 31 de julio de 1548, respondiendo de antemano á los adversarios de los Ejercicios espirituales, se expresa en estos términos: « A ciencia cierta aprobamos, « alabamos, y por la autoridad de este escrito confirmamos los « Ejercicios abajo mencionados y todo cuanto contienen en general y en particular; exhortando eficazmente en el Señor á los

« fieles de ambos sexos y de todos los países á no rehusar tan piadosos Ejercicios y á practicarlos devotamente. »

A vista de semejantes autoridades, seria imposible el discutir sobre esta obra, que es un libro sellado para el lector que carece de guía; pero que estudiándole con la fe ó con la sencilla razón, fácil es comprender la impresión que ha debido producir. Es el molde en que todos los Jesuitas han sido fundidos, y si salen de él cada uno con su carácter y su diverso talento, la señal, sin embargo, permanece indeleble.

Poseedor Ignacio de este tesoro intelectual que en la soledad de su retiro acababa de arrebatarse al cielo, después de haber experimentado en sí mismo y en otros su saludable influencia, se decide en fin á abandonar la ciudad de Manresa, imbuida su memoria en las tradiciones de las Cruzadas. Hay en los lugares en que Cristo vivió, enseñó y murió, un gran número de infieles, judíos y católicos indiferentes, y Loyola marcha á Jerusalem rehusando toda especie de apoyo humano, sin socorro, sin provisiones de ninguna clase, y abandonándose únicamente en manos de la Providencia. Se embarca en Venecia, llega á la Tierra Santa, y el 4 de setiembre de 1523 se arrodilla ante el sepulcro del Salvador; pero habiéndole rehusado el permiso de estacionarse en Palestina, á pesar de sus instancias, se vuelve á hacer á la vela, arribando al puerto de Venecia á fines de enero de 1524.

Durante su travesía conoce el peregrino que para trabajar en la salvación de los otros, necesitaba instruirse á sí mismo en la ciencia de las letras humanas, sin cuyo auxilio, una piedad basada en la ignorancia y ceguedad, es perjudicial, en vez de ser útil. Rayaba á la sazón en los treinta años. A esta edad, y con la educación que se habia dado, era difícil dedicarse á los primeros rudimentos de la gramática latina. Consagróse, sin embargo, á este estudio, soportable únicamente á la indiferencia infantil, y para realizarlo se dirigió á Barcelona.

Veíasele algunos dias después sentarse en medio de los niños, compartiendo con ellos sus estudios, y sin que estos trabajos literarios entibiasen su celo por el bien del prójimo, ni sirvieran de obstáculo á sus austeridades. De un lado mortificaba su carne sometiendo el ardor de su imaginación á las primeras dificultades de la lengua latina; estimulando por el otro á la penitencia á los corazones rebeldes, como verdadero autor inspirado de los

Ejercicios espirituales: convenciendo á los incrédulos por la vivacidad de su fe, y haciendo penetrar los remordimientos en el alma de los que el crimen ó el apego á los placeres lanzaba fuera del camino de la virtud, valiéndose de la energía de su palabra.

Esta vida de abnegacion, que hacian aun mas intolerable las persecuciones de toda especie, no bastaba á su deseo de aprender y sufrir; y después de haber pasado dos años en Barcelona, se dirige á la universidad de Alcalá á cursar la filosofía. Nuevas tribulaciones le esperaban en esta ciudad como en todas partes: triunfa de ellas, va á estudiar á Salamanca, y se decide por último á dirigirse á Paris, cuya universidad se hallaba á la sazón en todo su auge, llegando á principios de febrero de 1528.

En aquel tiempo en que la teología escolástica ocupaba á todos los hombres reflexivos, y en que las discusiones mas áridas en materia religiosa tenian el poder de un ejército; la política del mundo y la ciencia de la mayor parte de los diplomáticos no salian del cuadro trazado á los estudios por los graves doctores del colegio de Francia y por los catedráticos de la universidad de Paris. Una multitud de oyentes se agolpaba de todos los puntos de Europa para asistir á las sabias lecciones de Gombaut, de Buchanan, de Govea, Latomus, Guillermo Budè, Pedro Danés, Láscaris, Juan de Salignac y Ramus.

Aquí, los unos se apasionaban por la enseñanza que daba la Iglesia; del otro lado, imbuidos los otros en las nuevas doctrinas predicadas por Lutero, desarrolladas por Zwinglo, Calvino, OEcólampadio y Melancton, introducian en las luchas puramente del ingenio aquel entusiasmo á favor de las innovaciones que bien pronto debia traducirse en guerra europea y guerra civil. La universidad de Paris era un campo cerrado en que á veces los principios ocupaban el rango de armas mortíferas; dejábase presentir en aquellas cabezas volcánicas, que la teología hacia fermentar, la necesidad de recurrir á otros argumentos mas terribles. En las cátedras se combatia con la palabra; pero los reyes y pueblos, arrastrados por aquellas disputas eclesiásticas, se disponian á luchar con el acero, como sucede en cada siglo. Para conducir á las masas no es menester mas que unas palabras que á los ojos de su fe encierren la autoridad de la cosa juzgada, ó que á los de su libre albedrío hagan una interpelacion á los sentimientos de independencia y libertad, lisonjeando otras pasiones.

En el siglo XVI la elocuencia lanzada en las calles ó en los escritos, y la que comentaba los pasajes de los Libros santos, ó que explicaba la oscuridad de los Padres de la Iglesia, prestaba á las creencias humanas una fuerza que los pueblos despreocupados de todo sentimiento religioso no pueden comprender. Pero esta fuerza, cuyos efectos son innegables, no se debilita por faltarle uno de sus motores.

Aun cuando en los dias marcados por la Divinidad no se precipita la multitud al campo de batalla por sostener su fe vacilante, marchan sin embargo al combate por conquistar su libertad.

Luego que los resortes de la Religion se hallan momentáneamente gastados en un pueblo lanzado al escepticismo por medio de falaces doctrinas, engañosas luces y la necesidad de lujo y de crápula, lánzase á la palestra multitud de doctores que le impeñen hácia un nuevo orden de cosas.

Si la indiferencia y el sarcasmo extinguen la propension á las ideas religiosas, procuran reanimarla, comunicándola una nueva forma, tan incomprendible á las edades futuras, como á nosotros la mayor parte de las querellas piadosas que tan largo tiempo dividieron á la Europa.

En medio de este incendio voraz de inteligencias, Ignacio, á quien no podia arredrar un trabajo incesante, ni saciar su sed de padecimientos los prolongados y peligrosos viajes, pasa al colegio de Montaigu á perfeccionar sus estudios, imponiéndose una regla en sus ejercicios piadosos. Para dedicarse con mas libertad á sus tareas literarias, circunscribe las horas de su plegaria (sacrificio, en verdad, el mas grande para este hombre de oracion). Del colegio de Montaigu se traslada al de Santa Bárbara, y da principio al curso de teología entre los Padres Dominicos.

El anhelo de instruirse no le hacia descuidar á Ignacio la salvacion de los demás. Existia en lo interior de su corazon cierta superabundancia de vida, cierto instinto de movimiento, que activaban en él, en vez de amortiguar, los mismos padecimientos y persecuciones. Al investigar los arcanos de la ciencia, se proponia Loyola un fin mas elevado y grandioso que la ciencia misma. El instituto que creia haber visto en sus éxtasis, y que ya aparecia en sus *Ejercicios espirituales*, bajo el emblema de las dos enseñanzas, existia ya en su pensamiento: se hallaba solo, es verdad, pero en su voluntad irresistible, la Compañía habia ya nacido:

faltábanle soldados para crearla, y los reclutó entre sus discípulos.

Pedro Lefèvre, hijo de Villaret, en Saboya, y Francisco Javier, jóven caballero navarro, fueron sus primeros discípulos.

Lefèvre estaba dotado de un carácter afable y piadoso al par que instruido, por lo que no le fue difícil á Ignacio dominarle con el ascendiente de sus virtudes; pero halló mas resistencia en Francisco Javier, que al seguir la carrera de las letras ambicionaba un nombre.

Nacido el 7 de abril de 1506, cási en el mismo año y dia que Lefèvre, rayaba á la sazón en los veinte y dos años, siendo á esta edad catedrático de filosofia en el colegio de Beauvais. Las exhortaciones de Ignacio sobre la abnegacion de sí mismo apenas hacian impresion en la imaginacion ardiente de Javier, que solo soñaba en un risueño porvenir de fama literaria. Loyola no se desanimó, sin embargo; ya que no habia podido ganarle por la via de la austeridad, le sedujo con el atractivo de la lisonja, buscóle oyentes, condújole discípulos, y se hizo admirador suyo; insinuándose asi poco á poco en su confianza, y dominando sus ambiciosos deseos, llegó por fin á contarle en el número de sus prosélitos.

No dejaba de entreverse un cálculo en esta condescendencia; pero el fin iba á santificar los medios, puesto que la historia no podrá olvidar que haciéndose todo para todos como el apóstol san Pablo, sabia Ignacio tambien imponerse los mas duros sacrificios. Viósele efectivamente en esta época lanzarse cási desnudo en el estanque de Gentilly cubierto de hielo, triunfando por medio de este acto de caridad del amor que una mujer inspiraba á un amigo suyo<sup>1</sup>. Diego Laynez, natural de Almazan, en la provincia de

<sup>1</sup> El P. Bouhours, en la *Vida de san Ignacio de Loyola*, refiere así este acontecimiento: « Un conocido suyo se hallaba perdidamente enamorado de una « mujer de las cercanías de París, viviendo con ella amancebado. Después de « haber empleado Ignacio inútilmente todas cuantas razones divinas y humanas « pudo sugerirle su celo, para curarle de tan vergonzosa pasión, indagando el « camino que tomaba para avistarse con su manceba, lo aguarda cerca de un « estanque helado, y al verle se despoja de sus vestidos, lanzándose en seguida al « agua y exclamando: ¿ *Á dónde vas, desdichado?* ¿ *no ves la espada de la justicia divina pronta á caer sobre tí?* Atemorizado el lascivo al escuchar estas « palabras, y asombrado de la caridad de Ignacio, cuya voz no le era desconocida, abrió los ojos á la luz, se avergonzó de su pecado, y retrocedió, resuelto á cambiar de vida en adelante. » (Página 132).

Soria, y Alfonso Salmeron, hijo de Toledo, no le costaron tantos esfuerzos: ofreciéronse espontáneamente atraídos por la reputacion de santidad que Ignacio habia dejado en España. Nicolás Alfonso, llamado Bobadilla por otro nombre, á causa del pueblo en que habia nacido, y Simon Rodriguez de Avedo se pusieron tambien bajo su direccion. Todos, á excepcion de Lefèvre, eran españoles; todos jóvenes, pobres, dotados de entendimiento y de ánimo, y dispuestos á la obediencia como al sacrificio.

Loyola tenia mas experiencia que los seis juntos, de los que Salmeron, el mas jóven, apenas contaba diez y ocho años: conocia muy bien Ignacio la inconstancia humana, y quiso antes unirlos á Dios que á sí mismo; por lo que después de haber ayunado y orado en comun, se reunieron el 15 de agosto de 1534 en una capilla subterránea de la iglesia de Montmartre, donde, segun tradicion, fue decapitado san Dionisio. Era la fiesta de la Asuncion de la Virgen. Ignacio habia elegido este dia á fin que la Sociedad de Jesús tuviese su origen en el seno de María triunfante. Allí estos siete cristianos, ignorados todavía del mundo, hicieron voto de castidad, después de haber recibido la comunión de manos de Pedro Lefèvre, ya sacerdote: obligándose á guardar perpetua pobreza, y prometiendo á Dios que al finalizar su curso de teología se encaminarian á Jerusalem para glorificarle; pero que si al cabo de un año no les era posible llegar á la ciudad santa y fijar su mansion en ella, irian á echarse á los piés del soberano Pontífice, jurándole obediencia sin acepcion de tiempos y lugares.

Para no distraer á sus nuevos compañeros en sus estudios ó exponerlos á la tentacion de la patria y la familia, encargóse Ignacio de regresar á España, en donde Javier, Salmeron y Laynez debian arreglar ciertos asuntos domésticos antes de hacer la renuncia de sus bienes. Púsose, pues, en camino á principios del año 1535, señalándoles el punto de entrevista en Venecia para el 25 de enero de 1537.

Con respecto á sí sintióse Ignacio con fuerza suficiente para visitar los lugares en que habia pasado su infancia. Volvió á ver el castillo de Loyola, á sus hermanos, parientes y amigos; pero fue solo para mostrarles lo que la Providencia habia hecho en su favor: y para dar un ejemplo á su hermano mayor de la vida que ha abrazado, se resiste á sus instancias para que se quedase en su palacio, y se dirige al asilo de los pobres de Azpeitia. Predi-